

LA EUCARISTÍA

DON DE DIOS PARA LA VIDA DEL MUNDO

Documento teológico de base para
el Congreso Eucarístico Internacional de Québec

De acuerdo al Estatuto del Comité Pontificio
para los Congresos Eucarísticos Internacionales

Traducción del francés: Jaime Alfonso Mora, p.s.s.



Referencias Bíblicas: *Nueva Biblia de Jerusalén*, Desclée de Brouwer,
1998.

Depósito legal: Bibliothèque et Archives nationales du Québec, 2006
Bibliothèque et Archives Canada, 2006

ISBN-10 2-89129-524-2

ISBN-13 978-2-89129-524-6

Impreso en Canadá

www.annesigier.qc.ca

ÍNDICE

INVITACIÓN	7
INTRODUCCIÓN – Acordarnos hoy de Dios	11
PRIMERA PARTE – La Sagrada Eucaristía, don de Dios ..	17
I- La Eucaristía, don de Dios por excelencia	17
A. En el centro y en la cumbre de la historia de la salvación	17
B. La institución de la Sagrada Eucaristía	21
II – La Eucaristía, memorial del misterio pascual	24
A. El memorial de la Pascua de Cristo, un don trinitario	24
B. El sacrificio pascual	27
SEGUNDA PARTE – La Eucaristía, Nueva Alianza	31
III- La Eucaristía construye la Iglesia, sacramento de salvación	31
A. El don de la Iglesia-comunión	32
1) María, primera Iglesia y mujer eucarística ...	32
2) Pueblo de Dios y sacramento de salvación ...	33
3) Esposa del Cordero y Cuerpo de Cristo	35
B. La respuesta eucarística de la Iglesia	38
1) Creer y amar como María y Jesús	38
2) Dejarse reconciliar en la unidad	40
3) Reunirse el domingo, día del Señor	42

TERCERA PARTE – Para la vida del mundo	45
IV- La Eucaristía, Vida de Cristo en nuestras vidas ...	45
A. El culto espiritual de los bautizados	45
B. La verdadera adoración	48
C. Los ministros de la Nueva Alianza	52
V-La Eucaristía y la misión	54
A. La evangelización y la transformación del mundo	55
B. Construir la paz por la justicia y la caridad	58
VI- Testigos de la Eucaristía en el corazón del mundo	61
A. Llamado universal a la santidad	61
B. La familia, <i>Iglesia doméstica</i> , para una civilización del amor	62
C. La vida consagrada, prenda de esperanza del Esposo	64
CONCLUSIÓN – Tanto amó Dios al mundo	67

INVITACIÓN

La Eucaristía, Presencia y Don de Cristo al mundo, estará en el centro de la gran asamblea de cristianos venidos de todos los continentes a la ciudad de Québec, para el 49° Congreso Eucarístico Internacional, que se celebrará del 15 al 22 de junio de 2008.

Como arzobispo de Québec y primado de Canadá tengo la alegría de dar la bienvenida a todas aquellas personas que vendrán a vivir este acontecimiento eclesial de oración, compartir y comunión.

El papa Juan Pablo II fue quien escogió la ciudad de Québec como la tierra de acogida del Congreso Eucarístico.

La ciudad de Québec tiene un lugar muy especial en Norteamérica, sobre todo por el papel tan importante que tuvo en la exploración del Continente y en la primera evangelización de las naciones indígenas. Con una población de cerca de medio millón de habitantes, la ciudad de Québec recibe, cada año, a millares de turistas atraídos por la grandiosidad de su enclave geográfico y la belleza de su arquitectura original y pintoresca, que le otorgó el privilegio de ser designada patrimonio de la humanidad, prote-

gida por la UNESCO. Québec celebrará en el 2008 los 400 años de su fundación.

Al iniciar el tercer milenario del cristianismo, la Iglesia católica, consciente del fenómeno de la mundialización, está interesada en todo lo que pueda promover una civilización del amor y de la paz. La Sagrada Eucaristía es la fuente de donde la Iglesia saca la inspiración y la energía que estimulan el compromiso de todos sus miembros en la construcción de un mundo más justo y fraterno. Por esta razón, el tema del congreso es: *La Eucaristía, don de Dios para la vida del mundo*. Este tema se encuentra desarrollado en el documento teológico de base, que me honra presentar al público, después de su aprobación por el Comité Pontificio para los Congresos Eucarísticos Internacionales.

En este documento se desarrollan ciertos aspectos de la doctrina eucarística, y principalmente aquél que mira al memorial del misterio pascual de Cristo. En efecto, es importante reavivar la memoria de los orígenes cristianos del continente para poder actualizar y transmitir los valores del Evangelio y la importancia de la Eucaristía en nuestro mundo contemporáneo, sin olvidar el lavatorio de los pies y la palabra que puede cambiar al mundo: «Como yo os he

amado, así os améis también vosotros los unos a los otros» (Jn 13,34).

Agradezco al equipo de teólogos, exegetas y catequistas bajo la presidencia de S.E. Mons. Pierre-André Fournier, con el apoyo de Mons. Jean Picher, Secretario General del Congreso y de la Hermana Doris Lamontagne, p.f.m., Secretaria Adjunta, quienes han colaborado generosamente en la preparación de este documento de base. Esperamos que las homilias y las catequesis inspiradas de este texto ayudarán en la preparación espiritual de los delegados y animarán la oración de numerosas personas que se unirán espiritualmente a la celebración del Congreso.

La arquidiócesis de Québec acogerá con gran alegría y entusiasmo a los visitantes y fieles que participarán en este acontecimiento en un espíritu ecuménico y en el respeto de todas las creencias. Consciente de sus debilidades pero fuerte en su fidelidad a Dios, la Iglesia de Québec se siente orgullosa de presentar a la Iglesia universal una historia de santidad que el papa Juan Pablo II promovió durante su pontificado beatificando y canonizando 14 eminentes figuras de nuestra región.

Que la celebración de este Congreso internacional, en profunda comunión con Su Santidad el

Papa Benedicto XVI, ofrezca a cada persona, en Iglesia, una renovación de la esperanza y una consciencia más viva del don de Dios para la vida del mundo.

*Cardenal Marc Ouellet
Arzobispo de Québec
Primado de Canadá*

INTRODUCCIÓN

Acordarnos hoy de Dios

El Congreso Eucarístico Internacional, que se celebrará en Junio de 2008 en la ciudad de Québec, ofrecerá a la Iglesia local y a la Iglesia universal un tiempo fuerte de oración y reflexión para celebrar el don de la Sagrada Eucaristía. Este 49° Congreso Eucarístico Internacional hace parte de una serie de congresos que han marcado la vida de la Iglesia desde hace más de un siglo; el Congreso coincide, además, con el 400° aniversario de la fundación de Québec, la primera ciudad francesa en Norte América, llamada a ser en el siglo XVII, una etapa y un núcleo misionero muy importantes para el conjunto del continente.

El Congreso Eucarístico será lo que se llama una *Statio Orbis*, expresión que denota una celebración de la Iglesia universal gracias a la invitación de la Iglesia local de Quebec, para recordar el don de la Eucaristía que Dios ha hecho a toda la humanidad. La ciudad de Québec con su divisa «*Don de Dieu, feray valoir*» (Haré valer el don de Dios), se ubica dentro de la historia de un pueblo cuyo lema es:

«*Je me souviens*» (Me recuerdo). Este lema evoca las palabras de Jesús a sus apóstoles en la Última Cena: «Haced esto en recuerdo mío» (Lc 22,19; 1 Cor 11,25).

La Eucaristía conmemora la Pascua del Señor, es su «memorial», cuyo sentido bíblico es no solamente *recuerdo* sino *presencia* del acontecimiento salvífico. El Congreso eucarístico será una ocasión privilegiada para honrar este don de Dios en medio de la vida cristiana y para acordarse de las raíces cristianas de muchos países que esperan una nueva evangelización. La Eucaristía ha alimentado el anuncio del Evangelio y el encuentro de la civilización europea con la autóctona en Norte América. La Eucaristía sigue siendo, aún hoy, un fermento de la cultura y una garantía de esperanza para el futuro de un mundo que se mueve por los caminos de la globalización.

Aspiración del mundo a la libertad por el amor

El tema central del Congreso, aprobado por el Papa Benedicto XVI es: *La Eucaristía, don de Dios para la vida del mundo*. Recordar el don de Dios, tiene una importancia capital en nuestro tiempo, pues el mundo moderno conoce, en medio de los grandes avances técnicos, sobre todo en el plano de las comunicaciones, un vacío interior muy dramático, experimentado como una ausencia de Dios.

El ser humano de esta época contemporánea, fascinado por sus logros creadores, tiende, de hecho, a olvidar a su Creador y a establecerse como único dueño de su propio destino.

Sin embargo, esta tentación de suplantar a Dios no anula la aspiración al infinito que palpita en lo íntimo de su ser, ni los auténticos valores que trata de cultivar, incluso si estos comportan riesgos de desviación. La estima de la libertad, la atención a la igualdad, el ideal de la solidaridad, la apertura a la comunicación sin fronteras, la capacidad técnica y la protección del medio ambiente son, todos ellos, valores innegables que suscitan la admiración, honran al mundo actual y producen frutos de justicia y fraternidad.

El drama de un humanismo que se olvida de Dios

El gran riesgo del olvido del Creador consiste, sobre todo, en que la persona se encierra en sí misma, en un egocentrismo que genera incapacidad para amar y para comprometerse de manera estable y duradera, llevando a una frustración creciente de la aspiración universal al amor y a la libertad. El motivo radica en que el ser humano, creado a la imagen de Dios y para la comunión con El, «no puede encontrar

su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás»¹. La realización de su persona pasa por este don de sí mismo, el cual implica apertura al otro, acogida y respeto de la vida.

Sin embargo, el hombre actual desborda sin cesar los límites impuestos a su dominio sobre la transmisión y el fin de la vida. La apropiación incontrolada de este dominio sobre la vida y la muerte, aunque técnicamente posible, amenaza peligrosamente al mismo ser humano, porque, conforme a la expresión enérgica de Juan Pablo II, una «cultura de la muerte» domina en muchas sociedades secularizadas. La muerte de Dios en la cultura lleva consigo, casi inevitablemente, la muerte del hombre, lo que se constata no solo en corrientes de pensamiento nihilistas, sino sobre todo en relaciones conflictivas y fenómenos de ruptura que se multiplican a todos los niveles de la experiencia humana, perturbando el matrimonio y la familia, acrecentando los conflictos étnicos y sociales y aumentando la distancia entre los ricos y la inmensa mayoría de pobres.

Aunque hoy en día se tiene una conciencia más refinada sobre la dignidad de la persona humana y sus derechos, sin embargo vemos cómo se multiplica la violación de esos derechos, casi en todas partes de

1. Concilio Vaticano II, Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, n. 24.

la planeta, cómo las armas de destrucción masiva se acumulan, contradiciendo los discursos de paz y cómo una concentración creciente de bienes materiales en unas pocas manos hipoteca el fenómeno de la globalización, mientras que las necesidades fundamentales de muchedumbres de pobres son ignoradas desvergonzadamente. La paz del mundo se encuentra minada por la injusticia y la miseria, y el terrorismo se convierte cada vez más en el arma de los desesperados.

En el plan religioso, ninguna persona quiere ya verse sometida a una autoridad que le dicte su conducta. En razón de la circulación a nivel de la información, la persona se encuentra confrontada a una multitud de creencias y, también, a la dificultad creciente de transmitir a las nuevas generaciones la herencia recibida de su propia tradición religiosa. La fe cristiana no es la excepción, sobre todo porque su transmisión reposa en una revelación que desborda la medida de la razón. Celoso del bien precioso de su propia libertad, el hombre elabora su propia espiritualidad separada de la religión, cediendo así, a veces, a la tendencia excesivamente individualista de las culturas democráticas contemporáneas.

La Sagrada Eucaristía contiene lo esencial de la respuesta cristiana al drama de un humanismo que

ha perdido su referencia constitutiva a un Dios creador y salvador.

La Eucaristía es la memoria de Dios en acto de salvación. Memorial de la muerte y de la resurrección de Jesucristo, lleva al mundo el Evangelio de la paz definitiva, que sigue siendo, sin embargo, un objeto de esperanza en la vida presente. Al celebrar la Sagrada Eucaristía, en nombre de toda la humanidad redimida por Jesucristo, la Iglesia acoge el don prometido: «El Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho» (Jn 14,26). Es Dios mismo quien, en últimas, se acuerda de su alianza con la humanidad y quien se da como alimento de vida eterna. «Se acuerda de su amor», canta la Virgen María en el *Magnificat* (cf. Lc 1,54).

PRIMERA PARTE

La Sagrada Eucaristía, don de Dios

I- La Eucaristía, don de Dios por excelencia

A. En el centro y en la cumbre de la historia de la salvación

*Una Nueva
Alianza*

«La Iglesia ha recibido la Eucaristía de Cristo, su Señor, no sólo como un don entre otros muchos, aunque sea muy valioso, sino como *el don por excelencia*, porque es el don de sí mismo, de su persona en su santa humanidad y, además, de su obra de salvación». ²

El siervo de Dios Juan Pablo II concluyó y coronó su largo pontificado durante el *Año de la Eucaristía* que había establecido después de la publicación de su encíclica *Ecclesia de Eucharistia*. Quería reavivar en lo más íntimo de la Iglesia la admiración que debe despertar el *don por excelencia* de la Sagrada Eucaristía y suscitar un nuevo impulso en la adoración de

2. Juan Pablo II, Carta Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, n. 11.

este sacramento que contiene a la Persona misma del Señor Jesús en su santa humanidad. En octubre 2005 el Sínodo de los Obispos sobre *La Eucaristía en la vida y misión de la Iglesia* ha prolongado y profundizado la reflexión, precisando las implicaciones pastorales del misterio eucarístico.

Este don por excelencia fue preparado desde antaño por Dios en la historia de la salvación. La Sagrada Eucaristía recapitula y corona, en efecto, una multitud de dones que Dios ha hecho a la humanidad desde la creación del mundo. Lleva a su plena realización el Plan de Dios, que busca establecer una Alianza definitiva con la humanidad. A pesar de una historia trágica de pecado y de rebeldía, que dura desde sus orígenes, Dios instaura concretamente, por este sacramento, la Nueva Alianza sellada con la Sangre de Cristo. Esta alianza sella definitivamente la larga historia de alianzas entre Dios y su pueblo, nacido de Abraham, nuestro padre en la fe. Como la celebración de la Pascua judía en el tiempo de la Promesa, la Sagrada Eucaristía acompaña el peregrinar del pueblo de Dios en la historia de la Nueva Alianza. La Eucaristía es el memorial viviente del don que Jesucristo hace de su Cuerpo y de su Sangre para redimir a la humanidad del pecado y de la muerte y comunicarle la vida eterna.

En su liturgia y en su oración milenaria, el pueblo judío aprendió a celebrar la grandeza de su Dios santísimo, creador y liberador. La Pascua ha sido siempre el centro de esta liturgia que recordaba, de edad en edad, el acontecimiento del Éxodo: «Este día será memorable para vosotros» (Ex 12,14).

Celebrada por generaciones de creyentes, la fiesta de la Pascua se asocia íntimamente al acontecimiento fundador de la primera alianza: la salida de Egipto del pueblo hebreo y el paso del mar Rojo, gracias a la intervención de su Dios. «Vio, pues, Israel la mano potente que Yahvé había desplegado contra los egipcios, temió el pueblo a Yahvé, y creyó en Yahvé y en Moisés, su siervo» (Ex 14,31). Este acontecimiento fundador sería después sellado en el Sinaí por el don sagrado de la ley y por el compromiso del pueblo: «Ésta es la sangre de la Alianza que Yahvé ha hecho con vosotros, de acuerdo con todas estas palabras» (Ex 24,8) y el pueblo respondió: «Obedeceremos al Señor y haremos todo lo que él pide».

Este primer «paso» de una porción de la humanidad de la esclavitud a la libertad, anunciaba y preparaba la intervención decisiva de Dios vivo, de Dios Padre, en favor de la humanidad, el envío de su última Palabra, personal y definitiva, en la encarnación del Verbo. De hecho, es así como en un

momento preciso de la historia humana: «la gracia de Dios se manifestó para la salvación de los hombres» (Tt 2,11). La memoria agradecida de la Iglesia lo proclama: «Y tanto amaste al mundo Padre santo, que al cumplirse la plenitud de los tiempos, nos enviaste como salvador a tu único Hijo».³

La encarnación del Verbo es la cumbre del don que Dios hace de sí mismo: «Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas. En estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo a quien instituyó heredero de todo, por quien también hizo el universo» (Hb 1,1-2). La epístola a los Hebreos enseña que la encarnación del Hijo de Dios y la ofrenda sacrificial de su vida fundan y establecen el culto de la Nueva Alianza en su Sangre. Este culto, instaurado por Jesucristo, lleva a su pleno cumplimiento los esbozos de culto de la primera Alianza mediante el ofrecimiento de un sacrificio único que vale de una vez para siempre, a diferencia de los sacrificios de animales de la Ley antigua, porque es el sacrificio del Cordero inmaculado, «¡que por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo... para rendir culto al Dios vivo!» (Hb 9,14). Cristo hace presente este culto eterno en nuestro tiempo y en nuestro espacio, a través de la

3. Plegaria Eucarística IV.

Sagrada Eucaristía, cumbre del don de Dios, Verbo hecho carne y Espíritu vivificante, que es la fuente del culto de la Nueva Alianza.

B. La institución de la Sagrada Eucaristía

«Nuestro Salvador, en la Última Cena, la noche que le traicionaban, instituyó el Sacrificio Eucarístico de su Cuerpo y Sangre, con lo cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el Sacrificio de la Cruz y a confiar a su Esposa, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección: sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el cual se come a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria venidera».⁴

Lo que el Salvador instituyó la noche en que fue entregado, es el don de sí mismo, impulsado por su amor extremo: «Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (Jn 13,1). La institución de la Sagrada Eucaristía, es el don del Amor en Persona, es Dios quien se da a sí mismo en el sacramento de la Pascua de Cristo. Jesús instituye este sacramento por un rito que perpetúa el

*Aconteci-
miento
siempre
nuevo*

4. Vaticano II, Constitución sobre la Sagrada Liturgia *Sacrosanctum concilium* n. 47.

don de su vida en un sacrificio de expiación por los pecados y traduce su sentido mediante un gesto de servicio, el lavado de los pies.

La cena memorial de la Pascua judía permitía al pueblo de Israel recordar la Alianza con Dios y revivir el rito de la intervención real y eficaz de Dios en su historia. La tarde del jueves santo, Jesús sabe que Él lleva a su plenitud el memorial de la cena pascual judía: toma el pan, lo bendice y dice: «Tomad y comed todos de él, por que este es mi Cuerpo que será entregado por vosotros»; después toma una copa llena de vino y dice: «Tomad y bebed todos de él, porque esta es mi Sangre derramada por vosotros.» *Haced esto en memoria mía*. Por estos gestos y estas palabras, Jesús instituye un nuevo rito, su rito pascual, mediante él sustituye al cordero tradicional entregándose y sacrificándose por amor. Su acto de amor realiza la Nueva Alianza en su Sangre, la cual libera a la humanidad del pecado y de la muerte.

Impulsado por ese mismo amor, Cristo resucitado, bajo el poder de su Espíritu, actualiza el don de su Eucaristía cada vez que la Iglesia celebra el rito que ella recibió de Jesús en la última Cena, la víspera de su Pasión. Al celebrar este rito sacramental, la Iglesia se encuentra íntimamente asociada a la ofrenda de

Jesucristo y, por lo mismo, al ejercicio de su función sacerdotal para el culto de Dios y la salvación de la humanidad. «Realmente, en esta obra tan grande por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados, Cristo asocia siempre consigo a su amadísima Esposa la Iglesia, que invoca a su Señor y por El tributa culto al Padre Eterno.»⁵

La institución de la Eucaristía contiene un misterio profundo que trasciende nuestra capacidad de comprensión y nuestras categorías. Es el misterio de fe por excelencia. De este misterio se nutre sin cesar la Iglesia, pues de él obtiene tanto su vida como su razón de ser. En la última Cena, Jesús le entrega el regalo de su presencia sacramental, una presencia «real y substancial»,⁶ aunque escondida bajo los humildes signos del pan y del vino. Jesús concede a la Iglesia acoger perpetuamente, como una fuente que brota de su Corazón eucarístico, su declaración de amor y el don de su Cuerpo y de su Sangre, acontecimiento siempre nuevo que se realiza en ese momento. Éste es el sentido profundo del «memorial» que, como en la tradición judía, es un acontecimiento objetivo de una realidad que acontece hoy y no solamente el recuerdo de un acto subjetivo del

5. *Ibid.*, n. 7.

6. Concilio de Trento.

pasado. La celebración del memorial integra profundamente a los participantes en el misterio de la Pascua del Señor.

II- La Eucaristía, memorial del misterio pascual

*Presencia
de Cristo
resucitado*

A. El memorial de la Pascua de Cristo, un don trinitario

¿Cuál es, pues, el contenido de ese memorial que la Iglesia celebra desde sus orígenes como el don por excelencia de su Señor? Jesús estableció la forma esencial de la Eucaristía en la Última Cena pronunciando las palabras de la institución sobre el pan y el vino para cambiarlos en su Cuerpo y Sangre. Pero este acto, que es un don personal de Cristo, esconde un contenido inagotable que nunca terminaremos de profundizar suficientemente, porque contiene toda su Pascua, es decir, su ofrenda de amor al Padre hasta la muerte en la cruz y su resurrección de entre los muertos por el poder del Espíritu Santo.

Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, acoge el don de Cristo que se entrega en las manos de los pecadores por obediencia a la voluntad del Padre. San Pablo proclama solemnemente en el himno en Filipenses: «Se rebajó a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. Por eso

Dios lo exaltó y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre. Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es el Señor, para gloria de Dios Padre» (Flp 2,8-11).

La Iglesia acoge así el don que el Padre hace al mundo de su Hijo único, encarnado y crucificado: «Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3,16). «Vean cómo Dios rivaliza con los hombres por su magnanimidad y generosidad. Abrahán ofreció a Dios un hijo mortal, sin que este hijo llegara a morir; Dios, sin embargo, entregó a la muerte por todos al Hijo inmortal». ⁷ El sacrificio de Isaac en la antigua alianza anunciaba y preparaba el sacrificio por excelencia de la nueva alianza, el del verdadero Cordero.

Al acto de amor del Hijo que se entrega corresponde perfectamente bien el acto de amor del Padre que lo entrega, y esta perfecta correspondencia del amor del Padre y del Hijo para con nosotros es confirmada por el Espíritu Santo, que resucita a Cristo de entre los muertos. Por este hecho el Espíritu confirma la autoridad divina de su predicación y de

7. De las homilias de Orígenes, presbítero, sobre el libro del Génesis (Homilía 8, 6.8.9: PG 12, 206-209).

sus gestos, justificando así el asentimiento total, esencial en la fe cristiana. He aquí el núcleo de la Buena Nueva que la Iglesia anuncia a todas las naciones desde su inicio y que celebra en cada Eucaristía: «El Evangelio de Dios, que había ya prometido por medio de sus profetas en las Escrituras Sagradas, acerca de su Hijo, nacido del linaje de David según la carne, constituido Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos, Jesucristo Señor nuestro» (Rm 1,3-4). El don por excelencia de la Eucaristía hace presente a Cristo resucitado con toda su vida y misterio pascual.

Es un don trinitario que realiza la reconciliación del mundo con Dios, por medio de la ofrenda de amor del Hijo hasta la muerte y por su resurrección, que confirma la victoria del amor trinitario sobre el pecado y la muerte.

El Espíritu Santo confirma la comunión perfecta entre el Padre y el Hijo en lo profundo del misterio pascual por medio de su propio don que, glorificando al Hijo, glorifica también al Padre que lo envía. Por este motivo, la comunión de los fieles al Cuerpo y a la Sangre de Cristo es también comunión con el Espíritu Santo.

Escribe san Efrén: «Llamó al pan su cuerpo viviente, lo llenó de sí mismo y de su Espíritu [...], y

quien lo come con fe, come el Fuego y el Espíritu. [...]. Tomad, comed todos de él, y comed con él el Espíritu Santo. En efecto, es verdaderamente mi Cuerpo y el que lo come vivirá eternamente».⁸

B. El sacrificio pascual

*Signo eficaz
del don
de Dios*

Siendo un memorial de la Pascua de Cristo, la Eucaristía también es un sacrificio, lo recuerda con insistencia el Catecismo de la Iglesia Católica.⁹ «Por ellos ofrezco el sacrificio», les revela Jesús a sus discípulos en su oración final (Jn 17,19). Cuando le llega su hora, Jesús no se separa de la voluntad de su Padre, ama a su Padre y se entrega libremente en manos de los hombres por amor a su Padre y amor a los pecadores. La Eucaristía es el memorial de este sacrificio, en otras palabras, es el memorial de este acto de amor redentor que restablece la comunión de la humanidad con Dios suprimiendo el obstáculo puesto por el pecado del mundo.

A lo largo de la historia, la desobediencia del hombre ha roto continuamente la relación de alianza con Dios. La obediencia de amor hecha por Cristo rescata todas las desobediencias culpables de los hijos e hijas de Adán. «Sacrificio que el Padre aceptó,

8. Juan Pablo II *Ecclesia de Eucharistia*, n. 17.

9. Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 136.

intercambiando esta donación total de su Hijo, que se hizo “obediente hasta la muerte” (Fl 2,8) con su propia entrega paternal, es decir, con el don de la vida nueva e inmortal en la resurrección»¹⁰. Este intercambio restablece la comunicación y la comunión entre el cielo y la tierra, entre Dios, que es amor, y la humanidad, llamada a comulgar con Su amor por la fe. El sacrificio de Cristo es, por tanto, un sacrificio paschal, un don total de sí mismo que hace «pasar» toda la humanidad de la esclavitud del pecado a la libertad de los hijos de Dios. «En verdad, en verdad os digo, el que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día» (Jn 6,53.54).

Este verdadero sacrificio implica para el Hijo de Dios el asumir un conjunto de sufrimientos inconmensurables, incluyendo su descenso al abismo de la muerte. Los evangelios nos narran algunos aspectos de la Pasión de Jesús que revelan el abismo de su sufrimiento y de su amor.

La sed del Señor en la cruz, sus heridas, su abandono, su grito inmenso, su corazón atravesado por la lanza nos dejan adivinar, en cierta forma, todos sus sufrimientos y penas corporales, morales y espirituales. «En su muerte en la cruz, escribe el Papa

10. Juan Pablo II *Ecclesia de Eucharistia*, n. 13. Cf. *Redemptor Hominis* n. 20.

Benedicto XVI, se realiza ese ponerse de Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es amor en su forma más radical». ¹¹ Al contemplar este amor sufriente y moribundo en la cruz, aprendemos a medir el amor sin medida de su corazón y a adivinar la inmensidad del don del Santo Sacramento de la Eucaristía.

A la luz de esta doctrina, se ve con mayor claridad la razón por la cual la vida sacramental de la Iglesia y de cada cristiano llega a su cumbre y a su plenitud en la Eucaristía. En efecto, en este sacramento el misterio de Cristo ofreciéndose a sí mismo en sacrificio al Padre sobre el altar de la cruz se renueva continuamente según su voluntad. Y el Padre responde a esta ofrenda mediante la vida nueva del resucitado. Esta vida nueva, manifestada en la glorificación corporal de Cristo crucificado, se convierte en signo eficaz del don nuevo hecho a la humanidad. «La resurrección de Cristo es precisamente algo más, se trata de una realidad distinta. Es – si podemos usar por una vez el lenguaje de la teoría de la evolución – la mayor «mutación», el salto absolutamente más decisivo hacia una dimensión totalmente nueva, que se haya producido jamás en la larga historia de la vida y de sus desarrollos: un salto de un orden completamente

11. Benedicto XVI, Carta Encíclica *Deus Caritas Est*, n. 12.

nuevo, que nos afecta y que atañe a toda la historia». ¹²

La Eucaristía, como memorial de la muerte y de la resurrección del Señor, es mucho más que un recuerdo de un evento del pasado; representa sacramentalmente un acontecimiento siempre actual, ya que la ofrenda de amor de Jesús en la cruz fue aceptada por el Padre y glorificada por el Espíritu Santo. En consecuencia, esta ofrenda trasciende el tiempo y el espacio y, a causa de la voluntad explícita del Señor, permanece siempre disponible para la Iglesia en la fe: «*Haced esto en memoria mía*». Cuando la Iglesia celebra el banquete eucarístico, no lo hace «como si» fuera la primera vez. La Iglesia acoge el evento definitivo y escatológico, «el acontecimiento único de amor» que siempre está realizándose para nosotros. Este banquete de Amor, saca su sustancia inagotable del sacrificio de amor del Hijo de Dios hecho hombre, quien ha sido exaltado y quien intercede siempre en nuestro favor.

12. Benedicto XVI, *Homilía de la Vigilia pascual*, 15 de abril 2006.

SEGUNDA PARTE

La Eucaristía, Nueva Alianza

III- La Eucaristía construye la Iglesia, sacramento de salvación

El don por excelencia de la Eucaristía es un misterio de alianza, un misterio nupcial entre Dios y la humanidad. En ella, el Dios vivo hace renacer sin cesar a su Iglesia como pueblo reunido, como Cuerpo y Esposa de Cristo, como comunidad viviente que es, al mismo tiempo, una sola Persona mística con Él. «Alegrémonos y demos gracias a Dios, por lo que hemos llegado a ser, no solamente cristianos sino el propio Cristo».¹³

La Iglesia es, en efecto, el pueblo de la nueva alianza, inseparable de la Eucaristía, como el cuerpo es inseparable de la cabeza, como la esposa vive del don de su esposo. En cuanto heredera y asociada del misterio eucarístico, la Iglesia, animada por el

13. *Catecismo de la Iglesia Católica* n. 795, San Agustín, *Tractatus in Johannis* 21,8.

Espíritu y siguiendo el modelo de la fe de María, participa al don Dios al mundo. La Iglesia es ella misma como un sacramento, es decir «es en Cristo como un sacramento o señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano».¹⁴ De hecho, la Iglesia es el sacramento universal de la comunión trinitaria ofrecida al mundo.

A. El don de la Iglesia-comunión

*María,
mujer
eucarística*

1) María, primera Iglesia y mujer eucarística

El don de Dios al mundo se realizó gracias a una mujer, bendita entre todas las mujeres, quien creyó y se entregó sin condiciones a la Palabra misteriosa de su Señor. María de Nazareth es la mujer por excelencia que ha respondido «sí» al Dios de la Alianza, transformándose así, en la Anunciación, en el cumplimiento de la Hija de Sión, la Iglesia naciente. Su «sí» ha acompañado la encarnación del Verbo de Dios desde el primer momento de su concepción hasta su muerte y resurrección. Ninguna otra criatura posee una memoria tan concreta del Verbo que se hizo carne hasta su carne eucarística. Ningún otro ser humano sabe con tanta perfección lo que

14. Vaticano II, Constitución Dogmática sobre la Iglesia, *Lumen Gentium*, n. 1.

significa la misericordia, el perdón, la compasión y el sufrimiento del Amor redentor.

No tenemos ninguna información de que María haya estado presente en la Última Cena, cuando se instituyó el rito de la nueva alianza, pero ella estaba de pié, junta a la cruz, cuando fue consumado el sacrificio del Cordero que quita el pecado del mundo.

María es la *mujer eucarística* por excelencia¹⁵, la nueva Eva totalmente disponible para dejar abierta la fecundidad del nuevo Adán. *Mater Dei et Mater Ecclesiae*. En ella y por ella, la Iglesia comulga, ya de forma perfecta en la cruz, con la ofrenda sacrificial del Hijo de Dios. Destinada como ella a la gloria de ser la esposa del Cordero, la Iglesia contempla a María al pié de la cruz como el icono doloroso y glorioso de su propio misterio de comunión. Junto con la Virgen inmaculada, que se transforma entonces en la madre de toda la humanidad reconciliada, la Iglesia aprende, por pura gracia del Dios-amor, a comulgar con el amor redentor y nupcial del Cordero inmolado.

2) Pueblo de Dios y sacramento de salvación

La Iglesia acoge y realiza su profundo misterio de comunión, de forma privilegiada, en el marco de la

*La Iglesia,
sacramento
de salvación*

15. Cf. Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia*, nn. 53-58.

cena eucarística. La conmemoración que ella hace del don de Jesús, por fidelidad a su palabra, funda y nutre la relación de alianza que existe entre Jesús y ella, en nombre de toda la humanidad. El banquete pascual de Jesús la introduce en Su amor trinitario, amor que remite a la primera fuente que es el Padre, y al don final, que es el Espíritu Santo.

En efecto, es el Padre quien convoca a toda la humanidad al banquete de bodas de su Hijo (Mt 22, 1-13), banquete pascual en el cual el Padre mismo sirve como alimento el Cordero inmolado desde la fundación del mundo y la copa del Reino que embriaga del Espíritu, según lo que dice Pedro el día de Pentecostés. Al dar de esta forma a su Hijo y a su Espíritu a la Iglesia, el Padre la asocia a su misterio de amor y fecundidad. La exalta y la ennoblece al acogerla en su propia mesa celeste en donde el Amor es el alimento exclusivo y la fuente eterna de la Vida.

La Iglesia, misterio de comunión trinitaria destinada a todos los hombres, es sacramento de salvación en cuanto pueblo de Dios, reunido en la unidad. Este pueblo es convocado por Dios y organizado por su Espíritu, según diferentes funciones jerárquicas y según una multiplicidad de ministerios carismáticos al servicio de la Nueva Alianza. Expresa su plena vitalidad eclesial y asegura su unidad en virtud de la

comuni3n sacramental de sus miembros con el Cuerpo y la Sangre de Cristo. «Para que, fortalecidos con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo y llenos de su Esp3ritu Santo, formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo esp3ritu.»¹⁶

En cada misa, lo oraci3n de la ep3clesis repite las palabras del mismo Jes3s, orando por la unidad de sus disc3pulos: «Yo les he dado la gloria que t3 me diste, para que sean uno como nosotros somos uno» (Jn 17,22). El Esp3ritu Santo que desciende sobre las ofrendas y sobre la asamblea es la gloria de la comuni3n trinitaria operante en cada Eucarist3a.

Por eso la Iglesia, pueblo de Dios y sacramento de salvaci3n, debe ser convocada y reunida, debe abrirse a la inteligencia de las Escrituras y ha de dejarse reconciliar sin cesar y comulgar con la vida eterna ya desde ahora, aqu3 en la tierra, en virtud del sacramento de la Pascua.

3) *Esposa del Cordero y Cuerpo de Cristo*

Un banquete de bodas

Para entregarse al mundo en este misterio de alianza, Dios cuenta con la Iglesia, su humilde asociada. Pobre y fr3gil, a causa del pecado de sus hijos, la Iglesia se compromete inmergi3ndose sin cesar, por la penitencia y la Sagrada Eucarist3a, en la gracia

16. Plegaria Eucar3stica III.

del bautismo. La Iglesia debe esforzarse mucho más en su purificación y reforma, ya que es consciente de acoger el misterio de comunión de un Dios tres veces santo y de estar llamada a responderle de una manera no sólo ejemplar sino incluso nupcial. De hecho, «Toda la vida cristiana está marcada por el amor esponsal de Cristo y de la Iglesia. El mismo Bautismo, entrada en el Pueblo de Dios, es un misterio nupcial. Es, por así decirlo, como el baño de bodas (cf. Ef 5,26-27) que precede al banquete de bodas, la Eucaristía».¹⁷

En el momento culminante de la anáfora, la Iglesia hace exclamar a su ministro: «Este es el sacramento de nuestra fe». Este grito de júbilo reconoce el acontecimiento que se está realizando: la conversión del pan y vino en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo por el poder del Espíritu Santo. Es también un reconocimiento del misterio de la Nueva Alianza, el encuentro nupcial entre Cristo-Esposo que se entrega y la Iglesia-Esposa que lo acoge y se une en su ofrenda. Por el poder de su Palabra y de la epiclesis sobre las especies eucarísticas, Jesucristo vivo, cuya muerte y resurrección anunciamos hasta su venida, se une a la comunidad eclesial como a su cuerpo y a su esposa. Él transforma en su propio Cuerpo la

17. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1617.

ofrenda de la comunidad reunida y le entrega en comunión, como regalo nupcial, su Cuerpo eucarístico.

«Es un gran misterio» dice el apóstol Pablo pensando en la unión de Cristo y de la Iglesia como el modelo y el misterio del matrimonio sacramental (Ef 5,32). San Ambrosio considera la Eucaristía como el «regalo nupcial» de Cristo a su Esposa y la comunión como un beso de Amor. Por eso justamente Cabasilas comenta: «“Es un gran misterio” dice el bienaventurado Pablo exaltando esta unión. Porque es allí donde se da el matrimonio tan celebrado en que el Esposo purísimo asume como esposa a la Iglesia como a una virgen. Es aquí en donde Cristo ‘alimenta’ el coro de quienes le rodean, y es solamente por este sacramento como “somos ‘carne de su carne y hueso de sus huesos’”»¹⁸.

«La Eucaristía nos adentra en el acto oblato de Jesús. No recibimos solamente de modo pasivo el *Logos* encarnado, sino que nos implicamos en la dinámica de su entrega. La imagen de las nupcias entre Dios e Israel se hace realidad de un modo antes inconcebible: lo que antes era estar frente a Dios, se transforma ahora en unión por la participación en la entrega de Jesús, en su Cuerpo y su

18. Cabasilas, *La vie en Christ*, IV, 30, S.C. n. 355, Paris 1989, p. 291.

Sangre. La “mística” del Sacramento, que se basa en el abajamiento de Dios hacia nosotros, tiene otra dimensión de gran alcance y que lleva mucho más alto de lo que cualquier elevación mística del hombre podría alcanzar». ¹⁹

B. La respuesta eucarística de la Iglesia

*Como
yo os
he amado*

1) Creer y amar como María y Jesús

El don de Dios en el banquete del amor compromete a la Iglesia a compartir ese don con toda la humanidad, llamada a volverse Cuerpo y Esposa de Cristo. La Iglesia da su primer homenaje a este misterio mediante su fe total, llena de admiración y de adoración. Al misterio del don eucarístico por excelencia de Dios mismo, debe corresponder el misterio de fe por excelencia como adhesión total y gratitud plena de la Iglesia, unida a la fe inmaculada de María. Justamente, la misión del Espíritu Santo es la de asegurar esta correspondencia nupcial entre la actualización perpetua del misterio eucarístico y la acogida de la Iglesia que nutre, por su testimonio, la esperanza del mundo.

La primera forma de compartir que emana inmediatamente del corazón eucarístico de Jesús es el

19. Benedicto XVI, Encíclica *Deus Caritas est*, n. 13.

mandamiento nuevo del amor: «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros» (Jn 13,34). Este mandamiento es nuevo porque la medida ya no es la de amar a su prójimo como a sí mismo, sino como Jesús amó. Es nuevo porque conlleva la exigencia esencial de entrar en la comunidad escatológica de los discípulos que están unidos a Él por la misma fe; y lo es, también, en la medida que requiere humildad y voluntad de servicio, las cuales llevan a tomar el último lugar y a morir por los demás.

«El Señor mismo definió la plenitud del amor con el que nos debemos amar mutuamente al decir: “*No hay amor más grande que el de entregar su vida por sus amigos*”. – Como consecuencia surge, lo que el evangelista Juan dice en su Carta: “*De la misma manera que Cristo entregó su vida por nosotros, nosotros también debemos darla por nuestros hermanos*”. Así, amémonos mutuamente como Él mismo nos amó, dando su vida por nosotros».²⁰

«La unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que Él se entrega. No puedo tener a Cristo sólo para mí; únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o

20. San Agustín, *In Evangelium Ioannis*, Tract. 84.

lo serán. La comunión me hace salir de mí mismo para ir hacia Él, y por tanto, también hacia la unidad con todos los cristianos. Nos hacemos «un cuerpo», aunados en una única existencia. Ahora, el amor a Dios y al prójimo están realmente unidos: el Dios encarnado nos atrae a todos hacia sí. Se entiende, pues, que el *agapé* se haya convertido también en un nombre de la Eucaristía: en ella el *agapé* de Dios nos llega corporalmente para seguir actuando en nosotros y por nosotros. Sólo a partir de este fundamento cristológico-sacramental se puede entender correctamente la enseñanza de Jesús sobre el amor». ²¹

*Reconciliarse
en la
unidad*

2) Dejarse reconciliar en la unidad

La celebración de la Eucaristía despierta en los discípulos de Cristo la responsabilidad que tienen de su propia y permanente necesidad de reconciliarse y de ser artesanos de reconciliación. Esto lo expresan por el recurso al sacramento de la reconciliación que purifica sus corazones para la comunión eucarística y en la decisión que toman de acogerse en sus diversidades de culturas y de opciones de vida. Lo expresan también en sus súplicas de perdón, en la oración de intercesión por todos y en la oración del Señor, en el

21. Benedicto XVI, Encíclica *Deus Caritas est*, n. 14.

saludo de la paz, en el compartir un solo pan y una sola copa, en el cuidado por llevar la comunión a los enfermos o en la disposición para hacerse solidarios con los pobres y los marginados. Todos estos son signos de este amor fraterno que cada asamblea trata de vivir y que edifica sin cesar el Cuerpo de Cristo: «En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros» (Jn 13,35).

«Única es la Iglesia fundada por Cristo Señor, aun cuando son muchas las comuniones cristianas que se presentan a los hombres como la herencia de Jesucristo. Todos se confiesan como discípulos del Señor, como si Cristo mismo estuviera dividido. División que abiertamente repugna a la voluntad de Cristo y es piedra de escándalo para el mundo y obstáculo para la causa de la difusión del Evangelio por todo el mundo».²²

El hecho de que en el mundo se encuentran separadas las Iglesias cristianas para celebrar el memorial del Señor es un signo de divergencias históricas y doctrinales que es imposible callar o ignorar. Unidos por un mismo bautismo, los discípulos de Cristo no pueden olvidar las consecuencias de su división sobre el testimonio individual o colectivo que dan al

22. Vaticano II, Decreto sobre el ecumenismo, *Unitatis Redintegratio*, n. 1.

mundo. Ser concientes de que todos no pueden reunirse en plena comunión en torno a una misma mesa, y afligirse del debilitamiento del testimonio misionero que resulta, abre los corazones de los cristianos a la búsqueda de una reconciliación entre todos los miembros de Cristo para que «sean uno» (Jn 17,11). Cada Eucaristía se celebra en la espera y la esperanza de la reunión del único pueblo de Dios en la única mesa del Señor.

*Domingo,
sacramento
de la Pascua*

3) Reunirse el domingo, día del Señor

La Iglesia es la comunidad de discípulos que profesa su pertenencia al Señor por la práctica del amor fraterno hacia todos y por un amor mutuo como signo distintivo. No se puede amar con el mismo amor con el que Cristo ama sin recibir de Él este amor constante. Su mandamiento nuevo no es solamente un ideal moral ofrecido a nuestra libertad. Es una alianza, un amor compartido entre el Señor y sus discípulos, que crece y se irradia sobre el mundo, a condición de que sea extraído constantemente de la fuente de la Eucaristía dominical.

El Señor se manifestó por primera vez la noche de Pascua en el Cenáculo, y retornó ocho días más tarde para encontrarse con Tomás, el incrédulo. Esas apariciones confirmaron la fe de los discípulos y los prepararon a la nueva forma de la presencia del

Señor en los sacramentos y de una forma muy especial en la Eucaristía dominical. «Celebramos el domingo por la venerable resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, no sólo en Pascua, sino cada semana»: así escribía, a principios del siglo V, el Papa Inocencio I, testimoniando una práctica ya consolidada que se había ido desarrollando desde los primeros años después de la resurrección del Señor. San Basilio habla del “santo domingo, honrado por la resurrección del Señor, primicia de todos los demás días”. San Agustín llama al domingo “sacramento de la Pascua”». ²³

En efecto, el domingo es el día en el que, por encima de cualquier otro, el cristiano es llamado a recordar la salvación que le fue ofrecida en el bautismo y que hace de él un hombre nuevo en Cristo. «Sepultados con él en el bautismo, con él también habéis resucitado por la fe en la fuerza de Dios, que lo resucitó de entre los muertos» (Col 2,12; cf. Rom 6,4-6). La presencia del cristiano en la asamblea eclesial, reunida para la Eucaristía dominical, no obedece primeramente a un precepto, sino que es, antes que nada, un testimonio de su identidad como bautizado y, por eso mismo, de su pertenencia al Señor. Esta pertenencia se traduce en la escucha de la palabra de

23. Juan Pablo II, Carta apostólica *Dies Domini* n. 19.

Dios, en la participación a la ofrenda y en la comunión con el amor del Señor.

Es necesario reevangelizar hoy el domingo, ya que en muchos ambientes su sentido se ha obscurecido bajo la presión de una cultura individualista y materialista. ¿Cuál será la mejor manera de redescubrir el sentido de la asamblea de los discípulos en torno a Jesús resucitado? Recordando los orígenes cristianos encontramos muchos testimonios elocuentes. Al inicio del siglo IV, en el Norte de África, algunos cristianos prefirieron morir antes que vivir sin celebrar el domingo, es decir: sin el Señor con quien se encontraban al celebrar la Sagrada Eucaristía. Los mártires de Abilene nos interpelan al iniciar el tercer milenio e interceden por nosotros para que podamos redescubrir la riqueza del encuentro vital con el Señor resucitado que se entrega a nosotros en la Eucaristía.

El mundo entero espera este testimonio de una Iglesia reunida en asamblea, sacramento de salvación, del que se nutre secretamente.

TERCERA PARTE

Para la vida del mundo

La Iglesia, asociada a su Señor resucitado, vive del don de Dios y se une a Jesucristo, sumo sacerdote, en la comunicación de este don a la humanidad. El mundo se beneficia de la caridad de los cristianos y también del culto de la Iglesia, que glorifica a Dios intercediendo por toda la humanidad. Bien sea en diálogo con Dios en el culto o con el mundo en la misión, la Iglesia no vive para sí misma, sino para Aquél que «vino para que todos tuvieran la vida y que la tengan en abundancia (cf. Jn 10,10). Su vida es un testimonio de la Vida del Señor compartida en la Sagrada Eucaristía.

IV- La Eucaristía, Vida de Cristo en nuestras vidas

A. El culto espiritual de los bautizados

«Y así, por el bautismo, los hombres son injertados en el misterio pascual de Jesucristo: mueren con El, son sepultados con El y resucitan con El; reciben

*Un solo
cuerpo
en Cristo*

el espíritu de adopción de hijos “por el que clamamos: Abba, Padre” (Rom 8,15) y se convierten así en los verdaderos adoradores que busca el Padre». ²⁴ El bautismo es una inmersión total en el agua asfixiante de la muerte, desde donde uno emerge con la alegría de respirar de nuevo, de respirar al Espíritu. Ya que el agua, transformándose de mortal en vivificante, incorpora, según su simbolismo natural, la potencia resucitadora del Espíritu. ²⁵ El bautismo realizado en la fe de la Iglesia introduce al fiel en la experiencia del misterio pascual de Jesucristo, que ha muerto al pecado y vive por Dios. La inmersión simboliza la muerte y la emersión la vida nueva del cristiano que se compromete a seguir a Jesucristo en la obediencia del Padre por el poder del Espíritu Santo.

Por este motivo San Pablo exhorta a los bautizados a vivir una vida nueva. «Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que os ofrezcáis a vosotros mismos como un sacrificio vivo, santo, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual» (Rom 12,1). Este culto espiritual consiste, según la visión paulina, en la ofrenda total de sí mismo en unión con toda la Iglesia.

24. Vaticano II, Constitución sobre la Sagrada Liturgia *Sacrosanctum Concilium* n. 6.

25. Cf. Basilio de Cesarea, *Tratado sobre el Espíritu Santo* 15. PG 32, 128-129.

San Pablo habla de una vida totalmente renovada: «Por tanto, ya comáis, ya bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios» (1 Cor 10,31). «No os acomodéis al mundo presente, antes bien transformaos mediante la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios» (Rom 12,2). Este culto nuevo se manifiesta, entre otras cosas, por la humildad y el servicio, «según la medida de la fe que otorgó Dios a cada cual» (Rom 12,3).

Ya que, como dice Pablo, «Nuestro cuerpo, en su unidad, posee muchos miembros, y no desempeñan todos los miembros la misma función, así también nosotros formamos un solo cuerpo en Cristo» (Rom 12, 4-5). El culto espiritual consiste en el ejercicio de su propio carisma en un espíritu de solidaridad y de servicio humilde. San Pablo concluye recordándonos la lucha constante que tiene que vivir el cristiano frente a las fuerzas del mal «No te dejes vencer por el mal antes bien, vence al mal con el bien» (Rom 12,21). San Cipriano nos recuerda en su comentario del Padre Nuestro que el sacrificio más grande que podamos ofrecer a Dios, es nuestra paz, el acuerdo fraterno, el vivir como pueblo reunido en la misma unidad que existe entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.²⁶

26. Cf. *Liturgie des heures*, Vol. III, p. 190.

La Vida de Cristo, que alimenta nuestra ofrenda por la Eucaristía, nos asemeja a Jesús y nos hace estar disponibles a los otros, en la unidad de un solo Cuerpo y un solo Espíritu. La Vida de Cristo transforma a la comunidad cristiana en templo de Dios vivo para el culto de la Nueva Alianza: «Si vosotros mismos sois Cuerpo y miembros de Cristo, sois el sacramento que es puesto sobre la mesa del Señor, y recibís este sacramento vuestro. Respondéis “Amén” (es decir, “sí”, “es verdad”) a lo que recibís, con lo que, respondiendo, lo reafirmáis. Oyes decir “el Cuerpo de Cristo”, y respondes “amén”. Por lo tanto, se tú verdadero miembro de Cristo para que tu “amén” sea también verdadero. Este es el sacrificio de los cristianos: ser todos un solo Cuerpo en Cristo Jesús. Este es el misterio que la Iglesia celebra en el sacramento del altar, donde ella aprende a ofrecerse a sí misma en la oblación que hace a Dios» (S. Agustín, serm. 272).²⁷

*El Padre
busca
adoradores*

B. La verdadera adoración

La celebración eucarística hace presente a Cristo en el acto de adoración por excelencia que es su muerte sobre la cruz. Por su acto de amor absoluto hasta la muerte, Cristo retorna al Padre con la humanidad reconciliada y obtiene para todos el Espíritu de amor

27. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1396.

y paz que anima la adoración de la Iglesia en espíritu y en verdad. Por Él, con Él y en Él, toda la Iglesia es adoradora en nombre de la humanidad redimida. El acto de adoración por excelencia de Cristo y de la Iglesia se realiza en la ofrenda del santo sacrificio *in Persona Christi, Caput et Corpus*, según la expresión de San Agustín, incluyendo la participación activa de los fieles en este misterio de alabanza, de acción de gracias y de comunión.

Claro que si la participación es en primer lugar interior, la participación también se expresa en palabras y gestos: respuesta a las palabras del celebrante, escucha de la Palabra, canto, oración universal, aclamaciones eucarísticas y particularmente el amén, comunión con el pan de vida y también con la copa de salvación. Todo esto expresa el sacerdocio real de los bautizados, el cual es la consagración de su dignidad primera e inalienable de seres humanos.

El acto de adoración de Cristo y de la Iglesia dentro de la celebración eucarística no se termina, sin embargo, con la acción litúrgica, sino que se continúa en la permanente presencia sacramental, suscitando la participación de los fieles mediante la adoración del Santísimo Sacramento. La adoración eucarística fuera de la misa prolonga el memorial e invita a los fieles a permanecer cerca de su Señor, presente en el Santísimo Sacramento: «El Maestro está ahí y te

llama» (Jn 11,28). Por medio de la adoración eucarística, los fieles reconocen la presencia real del Señor y se unen a su ofrenda de sí mismo al Padre. Su adoración participa en la de Cristo, en cierto modo, por que es por Él, con Él y en Él que toda oración y toda adoración suben hacia el Padre y son aceptadas por Él. Cristo, quien anuncia a la Samaritana que el Padre busca adoradores en espíritu y en verdad (cf. Jn 4,23-26) es, sin ninguna duda, el primer adorador y quien encabeza todos los adoradores (cf. Hb 12,2.24).

«Permaneciendo ante Cristo, el Señor, disfrutan de su coloquio íntimo, le abren su corazón tanto por sí mismos, como por todos los suyos y ruegan por la paz y la salvación del mundo. Ofreciendo con Cristo toda su vida al Padre en el Espíritu Santo sacan de este intercambio admirable un aumento de su fe, esperanza y caridad.»²⁸ «Es hermoso estar con Él y, reclinados sobre su pecho como el discípulo predilecto (cf. Jn 13,25), palpar el amor infinito de su corazón. Si el cristianismo ha de distinguirse en nuestro tiempo sobre todo por el “arte de la oración” ¿cómo no sentir una renovada necesidad de permanecer largos ratos en conversación espiritual, en adoración silenciosa, en actitud de amor, ante Cristo presente en el Santísimo Sacramento?».²⁹

28. *Comunión y culto eucarístico fuera de la misa*, n. 80.

29. Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia* n. 25.

Este «arte de la oración», al que Juan Pablo II asocia la adoración eucarística, conoce un renovado fervor en nuestra época, en todas partes de la Iglesia, aumentando al mismo tiempo su testimonio de amor a Dios y su intercesión por las necesidades del mundo. La práctica de la adoración refuerza, en efecto, en los fieles, el sentido sagrado de la celebración eucarística que desafortunadamente ha conocido una disminución en ciertos ambientes. Al reconocer explícitamente la presencia divina en las santas especies eucarísticas, fuera de la misa, contribuye a cultivar la participación activa e interior de los fieles en la celebración y les ayuda a comprender más claramente que la misa es mucho más que un rito social.

Los frutos de la adoración eucarística influyen también en el culto espiritual de toda la vida, el cual consiste en el cumplimiento cotidiano de la voluntad de Dios. La contemplación de Cristo en estado de ofrenda y de inmolación en el Santísimo Sacramento enseña a entregarse sin límites, activa y pasivamente, a entregarse hasta ser distribuido como pan eucarístico que pasa de mano en mano por la santa comunión. Aquél a quien se visita y honra en el Sagrario nos enseña a perseverar diariamente en el amor, acogiendo todas las circunstancias, los acontecimientos y hasta los minutos que se viven, con su contenido

humano y sus cargas, sin excluir nada, excepto el pecado, tratando siempre de producir el mayor fruto posible. De esta forma se prolonga en lo íntimo de la comunidad y de los fieles la adoración de Cristo y la de la Iglesia, actualizadas sacramentalmente en la celebración eucarística.

*Haced esto
en memoria
mía*

C. Los ministros de la Nueva Alianza

La participación activa de los miembros del pueblo de Dios, laicos o ministros ordenados, es indispensable, porque hace parte del culto de la Nueva Alianza. La presentación de las ofrendas y la acción del ministro simbolizan, en cierta manera, el conjunto de esta participación. «El pan y el vino se convierten, en cierto sentido, en símbolo de todo lo que la asamblea eucarística lleva de sí misma como oblación a Dios, y que ella ofrece en espíritu».³⁰ Por la mediación del ministro que actúa en su Nombre e incluso en su Persona (*Persona Christi*) pronunciando las palabras de la consagración, Cristo asume la ofrenda de la asamblea en la suya y la transforma en su Cuerpo y en su Sangre.

«En efecto, en las memorias de los apóstoles o evangelios, nos transmitieron el mandato de Jesús:

30. Juan Pablo II, Carta apostólica *Dominicae Cena* n. 9, 19 de Febrero de 1980.

tomó el pan, dio gracias y dijo: *Haced esto en memoria mía. Esto es mi Cuerpo*. De la misma forma tomó el cáliz, dio gracias y dijo: *Esta es mi Sangre*. Y la distribuyó sólo a ellos. A partir de entonces continuamos renovando sin cesar la memoria entre nosotros». ³¹

La asamblea que hace memoria se vuelve signo de la Iglesia. Constituida de miembros muy diversos y sin embargo unidos entre ellos y a las otras comunidades en la Iglesia universal. Esta Iglesia de Cristo, confiada a Pedro y a sus sucesores, acoge el signo de que quien preside es Cristo en el ministro que actúa en su nombre en medio de la asamblea. El ministerio de los obispos y presbíteros manifiesta entonces que esta asamblea recibe siempre el memorial del Señor como un don, un don que ella no se hace a sí misma sino que recibe del Padre, de quien toma nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra (cf. Ef 3,14-15).

Tal responsabilidad llama a los ministros del Señor, particularmente en la Iglesia latina, a vivir el compromiso del celibato que configura al presbítero a Jesucristo, Cabeza y Esposo de la Iglesia. «La Iglesia, como Esposa de Jesucristo, desea ser amada por el sacerdote de modo total y exclusivo como Jesucristo, Cabeza y Esposo, la ha amado. Por eso, el celibato sacerdotal es un don de sí mismo *en y con* Cristo a su

31. San Justino, *Apología* I, n. 66.

Iglesia y expresa el servicio del sacerdote a la Iglesia *en y con el Señor*»³². El celibato permanece, en consecuencia, a pesar de la incompreensión de la cultura contemporánea, como un don inestimable de Dios, como un «estímulo de la caridad pastoral»³³, como una participación particular en la paternidad de Dios y en la fecundidad de la Iglesia. Profundamente enraizado en la Eucaristía, el testimonio gozoso de un sacerdote feliz en su ministerio es la primera fuente de nuevas vocaciones.

V- La Eucaristía y la misión

«Los dos discípulos de Emaús, tras haber reconocido al Señor, «se levantaron al momento» (Lc 24,33) para ir a comunicar lo que habían visto y oído. Cuando se ha tenido verdadera experiencia del Resucitado, alimentándose de su Cuerpo y de su Sangre, no se puede guardar la alegría sólo para uno mismo. El encuentro con Cristo, profundizado continuamente en la intimidad eucarística, suscita en la Iglesia y en cada cristiano *la exigencia de evangelizar y dar testimonio*».³⁴

32. Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Pastores dabo vobi*, 1992, n. 29.

33. Vaticano II, Decreto sobre la vida y ministerio de los presbíteros *Presbyterorum Ordinis*, n. 16.

34. Juan Pablo II, Carta apostólica *Mane nobiscum Domine*, n. 24.

A. La evangelización y la transformación del mundo

*Fuente
y cumbre
de la
evangelización*

«Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo». ³⁵ Cuando la Iglesia celebra el memorial de la muerte y resurrección de Cristo, no deja de pedir a Dios: «Acuérdate Señor» de todos aquellos a los que Cristo ha traído la Vida. Esta súplica constante expresa la identidad y misión de la Iglesia, ya que se sabe solidaria y responsable de la salvación de toda la humanidad. Viviendo de la Eucaristía, participa a la intercesión universal de Cristo y lleva a toda la humanidad la esperanza de la vida eterna.

La Iglesia realiza su misión por la evangelización que trasmite la fe en Cristo y por la búsqueda de la justicia y la paz, que realizan la transformación del mundo. Precisamente, la Eucaristía es la fuente y cumbre de la evangelización y de la transformación del mundo. Tiene el poder de despertar la esperanza de la vida eterna en aquellos que son tentados por la desesperación.

La Eucaristía abre al compartir a quienes están tentados a cerrar sus manos. Antepone la reconci-

35. Vaticano II, Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, n. 1.

liación en lugar de la división. En una sociedad que frecuentemente esta dominada por una «cultura de la muerte», exacerbada por la búsqueda del confort individual, del poder y del dinero, la Eucaristía recuerda el derecho de los pobres y el deber de la justicia y la solidaridad. Despierta a la comunidad al don inmenso de la Nueva Alianza, que llama a la humanidad entera a transformarse en algo más grande que ella misma.

«Evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad: “Mira que hago nuevas todas las cosas” (Ap 21,5). Pero la verdad es que no hay humanidad nueva si no hay en primer lugar hombres nuevos con la novedad del bautismo y de la vida según el Evangelio. La finalidad de la evangelización es por consiguiente este cambio interior y, si hubiera que resumirlo en una palabra, lo mejor sería decir que la Iglesia evangeliza cuando, por la sola fuerza divina del Mensaje que proclama, trata de convertir al mismo tiempo la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en la que ellos están comprometidos, su vida y ambiente concretos».³⁶

36. Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, n. 18.

Desde el centro eucarístico de su vida, la Iglesia de Cristo frecuentemente ha contribuido a construir comunidades humanas, reforzando los lazos de la unidad entre las personas y los grupos humanos. De esta forma, las comunidades cristianas, incluso pequeñas y pobres, han crecido en medio de los pueblos en donde se enraizaban. En muchas naciones, como fue el caso en tierras de América para las naciones indígenas y europeas, la Iglesia de Cristo ha inscrito la fe en el espacio de las nuevas culturas. En este espacio, el cristianismo continúa buscando, por medio de los creyentes, soluciones nuevas a los problemas inéditos que enfrentan las comunidades humanas allí implantadas. Frecuentemente ha acompañado el nacimiento, evolución y sobre vivencia de los pueblos, como lo ha hecho en el «Nuevo Mundo», mientras que el memorial del Señor marcaba el desarrollo religioso y social. Gracias a su alto valor social y espiritual, el cristianismo ha ayudado a construir un auténtico «estar unidos», en el que el compartir de la Palabra y del Pan se prolongaba en el compartir de otras realidades humanas. El don de Dios se inscribió en la vida del mundo.

Tanto en América, como en otras partes del mundo, la Iglesia comenzó con un proyecto misionero. Aquí, en Québec, la fe y las instituciones eclesiales dieron nacimiento a una Iglesia particular que

buscaba inspirarse en la primera comunidad de Jerusalén, y contribuyeron a moldear los rasgos del pueblo que estaba naciendo. La Iglesia local de Québec, como la sociedad en la que está inserta, fue marcada por un impulso inicial: ursulinas y hospitalarias, recoletos y jesuitas, asociados laicos y sacerdotes seculares atravesaron el océano para anunciar el Evangelio de Dios sobre una tierra nueva.

Nuestra Iglesia fue a extraer de la aventura mística de estas mujeres y hombres, aventura llevada hasta los límites de la resistencia física de la determinación y de la fe, su profunda identidad en el país naciente. Este impulso misionero, sacado de la fuente eucarística, que ha marcado tan profundamente la historia de este país, está llamado a continuarse y profundizarse para enfrentar los nuevos desafíos de la secularización.

*¿Qué he hecho
de mi
hermano?*

B. Construir la paz por la justicia y la caridad

La Iglesia es testigo para la humanidad del don realizado «para que el mundo tenga vida». Por lo mismo, la Eucaristía es un desafío constante a la calidad de vida y amor de los discípulos de Cristo. ¿Qué he hecho de mi hermano? ¿Qué han hecho de mí? Tuve hambre, sed, fui un extranjero, estaba desnudo, enfermo, en prisión (*cf.* Mt 25,31-46). ¿Lo que celebran es coherente y consecuente con sus relaciones

sociales, familiares, interraciales, interétnicas o con la vida política y económica en la que participan? El memorial de lo que consideran como el acontecimiento central de la historia de la humanidad quita el velo a sus inconsecuencias cada vez que toleran cualquier forma de miseria, injusticia, violencia, explotación, racismo y privación de libertad. La Eucaristía convoca a los cristianos a participar en la restauración continua de la condición humana y de la situación del mundo y, si esto no se vive, son llamados seriamente a la conversión para vivir el llamado del Evangelio: «Deja tu ofrenda allí, delante del altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelves y presentas tu ofrenda» (Mt 5,24).

La situación actual del mundo interpela de forma particular la conciencia de los cristianos frente al grave problema del respeto a la vida desde el momento de la concepción hasta su término, al igual que el hambre y la miseria de las mazas. Es una invitación a una globalización de la solidaridad en nombre de la dignidad inalienable de la persona humana, sobre todo cuando seres sin recursos son golpeados por catástrofes naturales, triturados por las máquinas ciegas de la guerra y la explotación económica y confinados en campos de refugiados. Todas esas personas que la miseria, en cierto modo, ha destituido de su condición de seres humanos son el

«prójimo» por quien Cristo entregó su vida. Su Corazón «eucarístico» asumió anticipadamente, sobre la cruz, todas las miserias del mundo, y su Espíritu nos urge a tomar partido como Él, pacífica y eficazmente, por los pobres y por las víctimas inocentes.

Siguiendo el llamado de Juan Pablo II, el papa Benedicto XVI continúa interpelando sin cesar la responsabilidad de los seres humanos, en particular la de los dirigentes y jefes de estado: «Se puede afirmar, sobre la base de datos estadísticos disponibles, que menos de la mitad de las ingentes sumas destinadas globalmente a armamento sería más que suficiente para sacar de manera estable de la indigencia al inmenso ejército de los pobres. Esto interpela a la conciencia humana. Nuestro común compromiso por la verdad puede y tiene que dar nueva esperanza a estas poblaciones que viven bajo el umbral de la pobreza, mucho más a causa de situaciones que dependen de las relaciones internacionales políticas, comerciales y culturales, que por circunstancias incontroladas».³⁷

«Sin embargo, sabemos que el mal no tiene la última palabra, porque quien vence es Cristo crucificado y resucitado, y su triunfo se manifiesta con la fuerza del amor misericordioso. Su resurrección nos da esta certeza: a pesar de toda la oscuridad que

37. Benedicto XVI, *Discurso al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede*, 9 de Enero de 2006.

existe en el mundo, el mal no tiene la última palabra. Sostenidos por esta certeza, podremos comprometernos con más valentía y entusiasmo para que nazca un mundo más justo».³⁸

VI- Testigos de la Eucaristía en el corazón del mundo

A. Llamado universal a la santidad

«Desde su mismo nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios. Existe pura y simplemente por el amor de Dios, que lo creó, y por el amor de Dios, que lo conserva».³⁹ Las vocaciones al amor son tan diversas como hay personas. La gracia bautismal les confiere la forma de amor de Jesucristo que es nutrido por el misterio eucarístico y perfeccionado hasta el testimonio de la santidad. Cualquiera que sea el estado de vida, célibe, casado o consagrado, en el que las mujeres y los hombres se encuentren comprometidos, todos están llamados a la perfección del amor que Cristo hace posible por la gracia de la redención.

En la unidad de la vida cristiana, las diferentes vocaciones son como los rayos de la única luz que es Cristo «resplandeciente en el rostro de la Iglesia». Los

*Llamados
a la perfección
del amor*

38. Benedicto XVI, *Audiencia general*, 12 de Abril de 2006.

39. Vaticano II, Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, n. 19.

laicos en virtud del carácter secular de su vocación, reflejan el misterio de la encarnación del Verbo, sobre todo en lo que Él es como Alfa y Omega del mundo, fundamento y medida de todas las realidades creadas. Los *ministros sagrados*, por su parte, son imagen viviente de Cristo, jefe y pastor, que guía a su pueblo en el tiempo «del ya pero aún no», en espera de su venida en la gloria. La *vida consagrada* tiene el deber de mostrar al Hijo de Dios hecho hombre como el término escatológico hacia quien todo tiende, el esplendor que hace palidecer cualquier otra luz, la belleza infinita, única que puede llenar el corazón humano.

*Cuerpo
y sangre
de Cristo:
fuente de
la familia*

B. La familia, *Iglesia doméstica*, para una civilización del amor

«La Eucaristía es la fuente misma del matrimonio cristiano. En efecto, el sacrificio eucarístico representa la alianza de amor de Cristo con la Iglesia, en cuanto sellada con la Sangre de la cruz. Y en este sacrificio de la Nueva y Eterna Alianza los cónyuges cristianos encuentran la raíz de la que brota, que configura interiormente y vivifica desde dentro, su alianza conyugal. En cuanto representación del sacrificio de amor de Cristo por su Iglesia, la Eucaristía es manantial de caridad. Y en el don eucarístico de la caridad, la familia cristiana halla el fundamento y el

alma de su “comunidad” y de su “misión”, ya que el Pan eucarístico hace de los diversos miembros de la comunidad familiar un único cuerpo, revelación y participación de la más amplia unidad de la Iglesia; además, la participación en el Cuerpo “entregado” y en la Sangre “derramada” de Cristo se hace fuente inagotable del dinamismo misionero y apostólico de la familia cristiana». ⁴⁰

La misión específica de la familia es encarnar el amor y ponerlo al servicio de la sociedad. Amor conyugal, amor maternal y paternal, amor fraterno, amor de una comunidad de personas y de generaciones, amor vivido en el signo de la fidelidad y de la fecundidad de la pareja para una civilización del amor y de la vida. Para que este testimonio alcance concretamente la vida de la sociedad, la Iglesia llama a la familia a frecuentar asiduamente la misa dominical. Ya que es bebiendo de esta fuente de amor como la familia protegerá su propia estabilidad. Aún más, fortaleciendo así su conciencia de ser *Iglesia doméstica*, participará más activamente en el testimonio de fe y de amor que la Iglesia encarna dentro de la sociedad.

Este testimonio de Iglesia doméstica está marcado en nuestro tiempo por el signo de la cruz, por ejemplo cuando uno de los esposos es infiel a su compro-

40. Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Familiaris Consortio*, n. 57.

miso o cuando uno o varios de los hijos abandonan la fe y los valores cristianos que los padres se esforzaron por transmitirles, o bien cuando las familias se dividen y se reconstruyen después de un divorcio y de un nuevo matrimonio. Por medio de estas experiencias dolorosas, Cristo llama al esposo abandonado, a los hijos heridos, a los padres lastimados a participar de una forma especial en su propia experiencia de muerte y resurrección. Las situaciones difíciles y complejas de las familias de hoy en día, invitan a los pastores a tener mucha «caridad pastoral» para poder acogerlas a todas y a animar a aquellas que viven en situaciones irregulares a participar en la Eucaristía y en la vida de la comunidad, incluso si no pueden recibir la Sagrada Comunión.

*La vida
consagrada:
mi vocación
es el amor*

C. La vida consagrada, prenda de esperanza del Esposo

«Por su naturaleza, la Eucaristía ocupa el centro de la vida consagrada, personal y comunitaria. Ella es viático cotidiano y fuente de la espiritualidad de cada Instituto. En ella, cada consagrado está llamado a vivir el misterio pascual de Cristo, uniéndose a Él en el ofrecimiento de la propia vida al Padre mediante el Espíritu. La asidua y prolongada adoración de la Eucaristía permite revivir la experiencia de Pedro en la Transfiguración: «Bueno es estarnos

aquí» (Mc 9,5; Mt 17,4; Lc 9,33). En la celebración del misterio del Cuerpo y Sangre del Señor se afianza e incrementa la unidad y la caridad de quienes han consagrado su existencia a Dios». ⁴¹

«¿Qué sería del mundo si no fuese por los religiosos?» Más allá de las valoraciones superficiales de funcionalidad, la vida consagrada es importante precisamente por su *sobreabundancia de gratuidad y de amor*, tanto más en un mundo que corre el riesgo de verse asfixiado en la confusión de lo efímero. “Sin este signo concreto, la caridad que anima a la Iglesia correría el riesgo de enfriarse, la paradoja salvífica del Evangelio de perder en penetración, la ‘sal’ de la fe de disolverse en un mundo de secularización”. La vida de la Iglesia y la sociedad misma tienen necesidad de personas capaces de entregarse totalmente a Dios y a los otros por amor de Dios». ⁴²

«Aunque hable las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad (...) nada soy. (...) La caridad no acaba nunca. (...) Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de todas ellas es la caridad» (1 Cor 13,1.2.8.13). Santa Teresita del Niño Jesús, desde lo íntimo de su Carmelo, descubrió su vocación leyendo las palabras

41. Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Vita Consecrata*, n. 95.

42. *Ibid.*, n. 105.

del apóstol sobre la excelencia de la caridad. «Mi vocación es el amor», exclama, «En el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré amor y así yo seré todo».

Atrapada por el amor misericordioso de Dios Padre, aprovecha cada instante de su vida para abrazar a Jesús, su Todo, y para testimoniarlo mediante la contemplación y el servicio. Orando por los criminales, caminando por los misioneros, sosteniendo a los sacerdotes por la penitencia, formando a sus novicias en la perfección del amor, Teresita es reconocida como la perfecta y moderna imagen de la vida consagrada: maestra del camino de la infancia espiritual, patrona universal de las misiones, doctora de la Iglesia. «No me arrepiento de haberme entregado al amor», decía al final de su vida.

El sínodo sobre la Eucaristía, en Octubre de 2005, habla de esta manera a las personas consagradas: «Vuestro testimonio eucarístico de seguimiento de Cristo es un grito de amor en la noche del mundo, un eco del *Stabat Mater* y del *Magnificat*. Que la Mujer eucarística por excelencia, coronada de estrellas e inmensamente fecunda, la Virgen de la Asunción y de la Inmaculada Concepción, os mantenga en el servicio de Dios y de los pobres, en la alegría de Pascua, para la esperanza del mundo».⁴³

43. Sínodo sobre la Eucaristía *Mensaje de los Obispos al Pueblo de Dios*, n. 20, 21 de Octubre de 2005.

CONCLUSIÓN

Tanto amó Dios al mundo

Como conclusión hemos seleccionado algunos textos del concilio Vaticano II que nos ofrecen, de forma sintética, la perspectiva trinitaria, nupcial y misionera que hemos querido dar al tema de este Congreso Eucarístico Internacional de 2008. Tanto amó Dios al mundo que le dio su único Hijo para que por Él, con Él y en Él, el mundo viva de la vida trinitaria. La Sagrada Eucaristía es el Don por excelencia de Dios, un regalo nupcial, acogido y celebrado por la Iglesia y que hace de ella el sacramento universal de salvación de la Nueva Alianza. Este Don de amor compromete esencialmente a la Iglesia en la misión del Espíritu Santo, al encuentro de la aspiración universal de la humanidad a la libertad y al amor.

«El Verbo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, hecho Él mismo carne y habitando en la tierra (cf. Jn 1,3.14), entró como hombre perfecto en la historia del mundo, asumiéndola y recapitulándola en sí mismo (Ef 1,10). Él es quien nos revela *que Dios es amor* (1 Jn 4,8), a la vez que nos enseña que la ley

fundamental de la perfección humana, es el mandamiento nuevo del amor».⁴⁴

«Consumada, pues, la obra, que el Padre confió al Hijo en la tierra (cf. Jn 17,4), fue enviado el Espíritu Santo en el día de Pentecostés, para que santificara a la Iglesia, y de esta forma los que creen en Cristo pudieran acercarse al Padre en un mismo Espíritu (cf. Ef 2,18). Él es el Espíritu de la vida, o la fuente del agua que salta hasta la vida eterna (cf. Jn 4,14; 7,38-39), por quien vivifica el Padre a todos los hombres muertos por el pecado, hasta que resucite en Cristo sus cuerpos mortales (cf. Rom 8,10-11). El Espíritu habita en la Iglesia y en los corazones de los fieles como en un templo (cf. 1 Cor 3,16; 6,19), y en ellos ora y da testimonio de la adopción de hijos (cf. Gal 4,6; Rom 8,15-16.26). Con diversos dones jerárquicos y carismáticos dirige y enriquece con todos sus frutos a la Iglesia (cf. Ef 4, 11-12; 1 Cor 12-4; Gal 5,22), a la que guía hacia toda verdad (cf. Jn 16,13) y unifica en comunión y ministerio. Hace rejuvenecer a la Iglesia por la virtud del Evangelio, la renueva constantemente y la conduce a la unión consumada con su Esposo. Pues el Espíritu y la Esposa dicen al Señor Jesús: «¡Ven!» (cf. Ap 22,17). Así se manifiesta toda la Iglesia como

44. Vaticano II, Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, n. 38.1.

«una muchedumbre reunida por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo».⁴⁵

«La Iglesia, al prestar ayuda al mundo y al recibir del mundo múltiple ayuda, sólo pretende una cosa: el advenimiento del reino de Dios y la salvación de toda la humanidad. Todo el bien que el Pueblo de Dios puede dar a la familia humana al tiempo de su peregrinación en la tierra, deriva del hecho de que la Iglesia es «sacramento universal de salvación», que manifiesta y al mismo tiempo realiza el misterio del amor de Dios al hombre».⁴⁶

«El Señor dejó a los suyos prenda de tal esperanza y alimento para el camino en aquel sacramento de la fe en el que los elementos de la naturaleza, cultivados por el hombre, se convierten en el Cuerpo y Sangre gloriosos con la cena de la comunión fraterna y la degustación del banquete celestial».⁴⁷

«Pues en la Sagrada Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo en persona, nuestra Pascua y Pan vivo que, con su Carne, por el Espíritu Santo vivificada y vivificante, da vida a los hombres que, de esta forma, son invitados y

45. Vaticano II, Constitución dogmática *Lumen Gentium*, n. 4.

46. Vaticano II, Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, n. 45.1.

47. Vaticano II, Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, n. 38.2.

estimulados a ofrecerse a sí mismos, sus trabajos y todas las cosas creadas juntamente con Él». ⁴⁸

Bone pastor, panis vere,

Iesu, nostri miserere:

Tu nos pasce, nos tuere,

Tu nos bona fac videre

in terra viventium.

Tu qui cuncta scis et vales,

qui nos pascis hic mortales:

tuos ibi commensales,

coheredes et sodales

fac sanctorum civium. ⁴⁹

48. Vaticano II, Decreto *Presbiterorum Ordinis*, n. 5.

49. Santo Tomás de Aquino, Himno eucarístico *Lauda Sion: Buen pastor, pan verdadero - Jesús, ten piedad de nosotros. - Alimentanos y protegenos - Haznos ver lo bueno - en la tierra de los vivientes. - Tú que sabes todo y lo puedo todo, - Tú, nuestro alimento - Tomanos como Tus comensales - compañeros y asociados - y como ciudadanos con los santos.*